

HOMENAJE A LA EXPERIENCIA CASTELLÓN, 27 ABRIL 2024

No es fácil para mí hablar en nombre de todos, porque hablar de experiencia, supone hablar de vivencias, de sentimientos, de saberes... y son muchas las cosas que me vienen a la cabeza. Seguro que cada uno de vosotros recordaréis unas, aquellas que os resultaron más significativas por el motivo que fuera. Compartirlas todas daría para mucho, por lo que os propongo que juntos hagamos un viaje, sí un viaje. Os invito a que viajemos al corazón, a ese lugar donde todos guardamos lo más valioso, lo importante, lo esencial, lo que ha dejado huella.

Por tanto, os propongo que por un momento cerremos los ojos y viajemos al pasado. Vamos a viajar en el tiempo y, en primer lugar, vamos a evocar la gestación de nuestra vocación, cada cual la suya. Traemos a nuestro corazón aquellas personas y acontecimientos que nos hicieron elegir nuestra profesión, aquellos que plantaron en nuestro corazón esa semilla, aquellos que nos ayudaron a dar los primeros pasos, aquellos que nos hicieron descubrir que educar personas valía la pena, aquellos que nos ayudaron a ver nuestro tesoro, aquello que nos hace únicos, singulares en nuestra manera de ser y hacer.

Busquemos en el corazón a todos esos alumnos y alumnas que han pasado por nuestras manos a lo largo de estos años. Hagamos un repaso de tantos nombres, rostros, anécdotas. Aquellos que nos lo pusieron muy fácil, que nos motivaron y nos ilusionaron; aquellos que nos hacen seguir creyendo en nuestra profesión; aquellos que nos lo pusieron difícil, y que nos retaban cada día a superarnos; aquellos que nos ayudaron a desarrollar nuestra paciencia; aquellos a los que acompañamos en momentos difíciles y nos hicieron sentir vulnerables; aquellos que son especiales, los favoritos de la Madre, que nos hacen crecer en humanidad; aquellos que no sabemos muy bien porqué, pero atrapan nuestro corazón; aquellos a los que enseñamos a volar; aquellos que nos enseñan a mirar y ser mirados; aquellos que nos ayudan a descubrir que lo que recuerdan de nosotros, no es lo que les enseñamos, sino lo que les quisimos, lo que les hicimos sentir.

Con ellos traemos también a todas sus familias, esas que confiaron en nosotros y nos acompañaron en el camino, las que siempre están ahí, las que creen en nuestro proyecto, las que comparten vida y sueños, las que sufren, las que comparten ideario, también las que

son exigentes y nos obligan a estar a la altura de la sana ilustración de la época. Todas ellas, dejan cada día en nuestras manos su mayor tesoro, sus hijos, para que nosotros les ayudemos a crecer, a ser personas.

Como no, traemos a la memoria a nuestros compañeros con los que hemos hecho y seguimos haciendo camino, con los que hacemos equipo, con los que compartimos anhelos y sueños, proyectos y logros y también fracasos y errores, penas y alegrías.

Traemos al corazón a las hermanas de la Consolación, que confiaron y creyeron en nosotros, que nos dieron la oportunidad de demostrar nuestra valía, que nos ayudaron a conocer y a descubrir a María Rosa Molas, que nos acompañaron y nos siguen acompañando. Aquellas de las que aprendimos con su ejemplo, que caminaron a nuestro lado, siempre alentando, siempre animando, siempre escuchando, abriendo puertas, curando heridas, despertando sueños, animando a crecer, a formarnos. Las que nos hicieron fácil el camino, las que nos animaron a seguir luchando, a no perder nunca la esperanza, a no dejarnos influenciar por lo que no sale como hemos previsto, a esperar, porque no siempre las cosas son inmediatas. Las que nos recuerdan que nuestra labor es simplemente sembrar.

Y a mí, después de este recorrido, me viene la palabra Gracias.

Gracias porque me enseñasteis. Gracias porque me acogisteis. Gracias porque me tendisteis una mano. Gracias porque me quisisteis.

Gracias a todos esos compañeros, cómplices de tantas historias, con los que compartimos tantas cosas, con los que forjamos amistades, con los que vivimos con tanta intensidad todos estos años. Con los que proyectamos, soñamos, improvisamos, pensamos, decimos, callamos.

Gracias a los que sembraron en mí el deseo de aprender, el deseo de enseñar, el deseo de aportar al mundo lo que soy, de no conformarme con poco.

Gracias a los que me enseñaron que influir en los demás es un precioso proyecto de vida, que educar es servir, enseñar a vivir; seguir contando historias, abriendo ventanas, soñar e imaginar; trabajar con toda el alma.

Gracias a mi familia, que me enseñó de bien pequeña a querer a la Consolación.

Gracias a las hermanas de la Consolación que han dejado huella en mí, que me ayudaron a vivir el carisma, a dar pasos, pequeños y grandes, hacia un proyecto que da sentido a mi vida y que es para los demás, que confiaron y aún hoy siguen confiando en mí.

Y gracias a Dios que cruzó nuestros caminos hace tiempo y puso, y sigue poniendo hoy, los medios para que seamos felices y disfrutemos siempre de la bonita experiencia de educar personas.

¡GRACIAS!

(Inmaculada Milla Prades, colegio de l'Alcora)